



Parte I

**Mercados de trabajo:
algunas lecturas renovadas
sobre las migraciones laborales**

Coordinación

Cecilia Jiménez Zunino

Autoras

Ana Ciarallo

Cecilia Jiménez Zunino

María José Magliano

Ana Inés Mallimaci Barral

Cynthia Pizarro

Verónica Trpin

Clase social y migraciones

Cecilia Jiménez Zunino y Verónica Trpin

La categoría clase social es polisémica y polémica en las ciencias sociales. Se comienza a utilizar más sistemáticamente desde comienzos de la Modernidad como principio de ordenación y clasificación de la población en conjuntos relativamente coherentes y homogéneos de personas. Si bien se ha aplicado este concepto para describir y explicar el funcionamiento de las sociedades modernas, no ha sido tan utilizado para interpretar el papel que juega en las dinámicas contemporáneas de la inmigración. En efecto, para la comprensión de la movilidad geográfica, la dimensión de clase social ha sido abordada de manera despareja en la historia de los estudios migratorios.

Dos de los lugares de recepción de la inmigración masiva durante la primera mitad del siglo XX, Francia y Estados Unidos (Noiriel, 1988), que han generado estudios de impacto y cierta tradición teórica en las ciencias sociales, elaboraron de manera diferente el papel de la clase social en sus análisis. Mientras en Estados Unidos atendieron rápidamente desde la Escuela de Chicago a la dimensión cultural y étnica de las migraciones (prescindiendo del papel de las condiciones sociales en términos de *clase*), en Francia ocurrió lo contrario al producirse un excesivo énfasis del estudio de la “nueva clase obrera” (Green, 2002), sin mencionar las supuestas diferencias étnicas o culturales que pudieran derivarse de diferentes lugares de origen migratorio. Noiriel (1988) atribuye el *olvido* francés especialmente a los sociólogos durkheimianos, empeñados en acentuar el papel de los grupos profesionales como generadores de integración y solidaridad orgánica, y de ese modo esconder los rasgos etnificables de la mayoría de los sociólogos de la época (de origen judío). Detrás de sendas omisiones se encuentra, en definitiva, el modelo de integración previsto por las sociedades receptoras de flujos: el *meltingpot* estadounidense, y la integración jacobina de la República francesa (Green, 2002). Esto se tradujo en la visibilidad de la clase social en los estudios migratorios, más presente en el contexto francés, aún a costa de un falso republicanismo que pasaba por alto las características (y efectos) de la dimensión étnica y racial. Y en la invisibilización de la clase en su variante estadounidense.

Algunas teorías que han abordado la migración como fenómeno de clase lo hicieron enfatizando su dimensión económica. Guarnizo (2010) señala que corrientes como el estructuralismo histórico analizan las migraciones como parte de un proceso de conflictos entre clases sociales, incluyendo las relaciones sociales de producción y las fuerzas que determinan el proceso de acumulación de capital. Así, la clase como fenómeno vinculado a

las migraciones ha sido más habitual entre los enfoques marxistas e histórico-estructurales, en los que podemos encontrar los trabajos de Sassen (1993), Piore (1979), Wallerstein (1979), entre otros.

El inmigrante en cuanto trabajador se integra en la historia de la división internacional del trabajo desde hace siglos. Para Wallerstein, la interrelación entre necesidad del capital y necesidad de trabajo se produjo históricamente en tres etapas: primero con el éxodo rural que nutrió de brazos a la industria, luego la inmigración masiva para complementar ese primer movimiento y, por último, con la inversión de flujos, siendo el capital el que se exporta hacia donde el trabajo es más barato (Green, 2002). En esta apuesta por comprender la relación entre desarrollo del capitalismo y el reclutamiento de trabajadores de diversos orígenes que se desplazan, Wolf apela a pensar la creación de nuevas clases trabajadoras, en tanto se evidencia desde la segunda Guerra Mundial la intensificación del “reclutamiento y el empleo de clases trabajadoras en escala internacional” (2005:464). Para este autor, como parte de este proceso se han recreado heterogeneidades de la fuerza de trabajo (racializando y etnicizando trabajadores) que garanticen un ordenamiento jerárquico de la mano de obra en los mercados de trabajo.

Desde estos estudios se observa que el fenómeno migratorio constituye un fenómeno de clase, en términos de transferencia de población de periferias hacia centros, tanto migración rural-urbana en la incipiente gestación del capitalismo, como en los actuales mercados transnacionales de capital y circulación de fuerza de trabajo (Herrera Lima, 2005).

Por esta vía de indagación encontramos multitud de trabajos que analizan la cuestión de la conformación de mercados de trabajo segmentados y el papel que cabe en ellos a los inmigrantes. Guarnizo señala que la migración desde esta perspectiva responde y reproduce “desajustes estructurales dentro de, y entre unidades independientes del sistema mundial” (2010:53). En efecto, otro modo en que apareció el concepto de clase social en los estudios migratorios es en el abordaje de los mercados de trabajo segmentados. Para Piore, por ejemplo, la existencia de mercados laborales duales divide las inserciones de los trabajadores de acuerdo con su origen étnico-nacional. En el primero de estos segmentos, los empleos son estables, y están destinados principalmente a la mano de obra nacional. En el segundo, las cualificaciones exigidas a los obreros son menores, son más vulnerables a los ciclos económicos y suelen albergar a trabajadores migrantes (Rea y Tripier, 2003). También la aproximación de Castles y Kosack enfatiza que las migraciones internacionales constituyen un factor estratificador que se ha incorporado a las relaciones entre clases de las sociedades de Europa Occidental, situándose los

trabajadores migrantes en el estrato más bajo de la clase trabajadora (Ribas Mateos, 2004). Los trabajadores migrantes entrarían en conflicto con los autóctonos por los recursos escasos (puestos de trabajo en mercados laborales flexibilizados y precarizados).

Una figura de interés que tiene que ver con la clase social y que cobra relevancia en estos debates es la del *empresariado étnico* (Portes, 1999; 2005). A través de las redes de connacionales y de los vínculos con los países de origen, los inmigrantes escaparían a las condiciones hostiles de los mercados laborales del país receptor, generando ellos mismos su propio mercado de trabajo. Hay diversas opiniones respecto a las bondades de este nuevo nicho: mientras que Portes y sus colaboradores lo consideran en términos relativamente positivos, como un nuevo modo en que los inmigrantes pueden insertarse, incluso protagonizar algún tipo de movilidad ascendente; otros autores, como Edna Bonacich, critican este optimismo, resaltando que la empresa étnica está repleta de contradicciones (Green, 2002). Es decir, si estos emprendimientos están sustentados sobre la supuesta solidaridad familiar o comunitaria, puede que se apoyen también en relaciones asimétricas al interior de las redes o familias.

Una de las limitaciones de las perspectivas estructurales, que abonaron los abordajes de las migraciones como parte de la reproducción del capitalismo, es que no incluyeron la cultura como parte constitutiva de las clases sociales y del cuestionamiento del orden social. Wolf esboza un diálogo entre cultura y clase social al señalar que el capital recluta trabajadores “en una amplia variedad de entornos culturales y sociales y los inserta en jerarquías políticas y económicas” (2005: 464); el autor observa así la heterogeneidad de trabajadores como parte de “diásporas proletarias más y más diversas” en el mundo, aunque enfatizando una perspectiva del sistema mundial en el que las experiencias locales quedan en un segundo plano.

Por su parte, Raymond Williams (1980) avanzó en repensar la clase como categoría histórica e instalar la problemática de la cultura en la teoría marxista, no como lo diverso en la clase, sino reformulando este concepto con su adaptación de la idea gramsciana de hegemonía. Dicha perspectiva dialoga con la noción de clase sostenida por E. P. Thompson, al criticar el “reduccionismo económico que elimina las complejidades de motivación, conducta y función” (1989:64).

Cabe destacar que el papel de la cultura en el análisis de la configuración de las clases sociales es relativamente reciente. Fue abordada mayormente en términos de “conciencia o imaginario de clase”, como vehículo entre la estructura y la agencia, pero siendo relativamente silenciados los aspectos vinculados a la etnicidad, el género, la raza y la

generación. Los procesos de estructuración de estas categorías están íntimamente mediados por la dimensión cultural de la vida social: estructura y cultura son mutuamente constitutivos, lo que marca una nueva agenda de investigación para las clases sociales (Devine y Savage, 2005).

Para ciertas perspectivas del marxismo culturalista inglés, los debates giraron en torno a la preocupación por introducir tanto la acción de los sujetos en la historia, como la cultura como un elemento que no debía ser reducido por el determinismo económico. Así, el concepto de *experiencia de clase* (Thompson, 1989; Meiksins Wood, 1983; Saraví, 2015) se torna fundamental para comprender el entrelazamiento de dimensiones objetiva y subjetiva, entendiendo a las clases como relaciones y procesos que requieren la exploración del modo en que se estructura la sociedad en formaciones de clases, antes que concebirlas como producto automático de los modos de producción. Al entenderlas de este modo, se articula como fundamental en la configuración de las clases la *experiencia*. Dicho concepto significa precisamente que “las “estructuras” objetivas hacen algo a las vidas de las personas, y que por eso es, por ejemplo, que tenemos clases y no sólo relaciones de producción. La tarea de los historiadores y los sociólogos es explorar qué es lo que estas “estructuras” hacen a las vidas de las personas, cómo lo hacen y qué es lo que las personas hacen acerca de ello o, como diría Thompson, cómo las presiones determinantes de los procesos estructurados son experimentadas y manejadas por las personas” (Meiksins Wood, 1983: 23-24).

En el terreno de los estudios migratorios, Sayad apela a la categoría “experiencia social del emigrante” para el abordaje de la migración de campesinos argelinos como trabajadores a Francia y concibe las migraciones como totalidad y al migrante como emigrante/inmigrante, desandando la desigual relación entre las sociedades de emigración y las sociedades de inmigración y cómo se confronta lo “nacional” y lo “no nacional” (2008). La experiencia migratoria impregna la vida de los/as sujetos/as y se hace cuerpo en tanto inmigrante trabajador: “la acción de mecanismos (económicos, sociales, jurídicos, culturales, etc.) que, más allá de la reglamentación que imponen y más allá o al mismo tiempo que la regulación de los comportamientos que funcionan, cada uno en su dominio, tienen todos como efecto inculcar la moral individualista de la que están impregnados los *extranjeros*, y los *extranjeros de baja condición social* (los inmigrados), el trabajador inmigrado (sobre todo magrebí) hace el aprendizaje, con frecuencia a su pesar y casi siempre a su costa. (...). Tiene otra experiencia de su cuerpo” (Sayad, 2010:287).

La experiencia corporal de la clase como inmigrante se constituye en una relación de alteridad, en tanto “al no ser ciudadano, es decir; miembro del cuerpo social y político [la

nación] en el que vive, no tiene por función más que el trabajo, el inmigrado no habría tenido que ser; 'idealmente', más que un cuerpo puro, una máquina puramente corporal, una pura mecánica" (2010:288). Si bien rescatamos de este autor la dimensión de la experiencia corporal de la clase en procesos migratorios, presenta una limitación de género, al centrarse en la experiencia masculina de la inmigración (Gil Araujo, 2010).

Como se observa, los estudios migratorios no han escapado a las influencias economicistas, neocoloniales y androcéntricas para pensar las clases sociales. Desde los debates entablados en la teoría social a lo largo del siglo XX, la clase se ha constituido en un concepto dominante para interpretar la desigualdad, con primacía por sobre otras manifestaciones, siendo limitada la posibilidad de observar la "convivencia" de relaciones sociales productivas o económicas con otras fundadas en términos no económicos, como la esfera de la reproducción doméstica o las categorías nacionales, étnicas y de género. Este concepto movilizó así amplios debates y aplicaciones en el campo antropológico, sociológico e historiográfico que es preciso recuperar desde los aportes del llamado "giro cultural" en los estudios de las clases sociales, de la teoría feminista y de la crítica decolonial. Muchos/as autores/as complejizaron el estudio de las clases sociales incorporando más dimensiones de análisis que "desestructuraron" la categoría en su sentido económico y la ampliaron como clasificación de la desigualdad, al incorporar otras variables como pertenencia étnica, género, generación, nacionalidad y experiencias ancladas territorialmente. Asimismo, se recupera un cuestionamiento a una historia mundial homogeneizadora que suplió historias plurales formuladas a partir de diferentes perspectivas "a cuya lógica se someten todas las experiencias diversas que de esta manera, siguen sin ser comprendidas en su especificidad, y subrepresentadas, o en la mejor de las hipótesis, representadas a partir de la perspectiva y de acuerdo con la periodización que da sentido a los países centrales" (Pires Do Rio Caldeira, 1989: 9).

Por otro lado, las críticas al eurocentrismo son complejizadas por el diálogo instalado por la teoría feminista entre procesos migratorios y las pertenencias de género, al problematizar la universalidad de la categoría mujer al abordar las diversas experiencias de mujeres migrantes. La diferencia instalada como parte de las relaciones de clase en las experiencias migratorias es analizada y vivida por Brah como mujer-migrante "paki", diferencia en las que se dirimen otros sentidos de pertenencia en contextos de lo "no nacional". Para la autora, "la experiencia se revela como espacio para el debate: un espacio discursivo donde se inscriben, reiteran o repudian subjetividades y posiciones de sujeto diferentes y diferenciales" (2004: 122). Por lo tanto, es importante establecer qué matrices ideológicas o campos de significación y representación se hallan en juego en la formación de sujetos diferentes, y cuáles son los procesos económicos, políticos y culturales que

cincelan experiencias históricamente variables. En esta línea de indagación, Falquet (2009), al analizar la migración de mujeres trabajadoras, recomienda abordar las relaciones de género, clase y raza no tanto como interseccionadas, sino como “consustanciales” y “co-formadas” a partir de un objeto concreto: la reorganización de la división del trabajo y en especial del “trabajo considerado como femenino” en la actual dinámica del capitalismo, que modifica simultáneamente las relaciones sociales de sexo, de raza y de clase en contextos que portan históricas marcas coloniales. Observa que la mayor parte del “trabajo desvalorizado” ha sido ejecutado por la población migrante. Señala que la perspectiva de la “co-formación” de las relaciones de poder explica por qué esos trabajos (si bien pueden ser ejercidos por individuos de sexo masculino, en especial si han sido etnicizados y naturalizados con este fin: migrantes, esclavos o colonizados) son resueltos en su mayor proporción por personas socialmente construidas como mujeres etnicizadas y racializadas.

De esto modo, se observa que la categoría experiencia desde los aportes feministas se constituyó en una categoría a desentrañar en el cruce entre clase, relaciones de género e involucrando las diversas marcaciones étnicas y raciales. La opresión vivenciada por mujeres trabajadoras se constituye en un desafío para recuperar en su complejidad las experiencias de clase. Los estudios que recuperan la “interseccionalidades”, en tanto “sistema complejo de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas” (Crenshaw, 1991:359) realizan un aporte relevante. Este abordaje ayuda a visualizar de qué manera convergen distintos tipos de discriminación (Anthias, 2006), insistiendo en que “las estructuras de clase, racismo, género y sexualidad no pueden tratarse como ‘variables independientes’ porque la opresión de cada una está inscrita en las otras —es constituida por y es constitutiva de la otras—” (Brah, 2004: 138).

Los nuevos acercamientos a la estratificación y la movilidad social celebraron el “giro cultural” en la sociología de las clases sociales, y revalorizan las aportaciones que algunos conceptos de Pierre Bourdieu pueden hacer al análisis de las clases sociales (Crompton, 1997; Devine y Savage, 2005; Devine, 2005; Vester, 2005; Weininger, 2005). La línea de trabajo que ejercita este viraje en los estudios de las clases que lleva a cabo Bourdieu (1998; 1999; 2011) enfoca el concepto de clase social desde múltiples variables que trasciendan lo estrictamente económico. La clase no se define sólo por la posición en las relaciones de producción (como para el marxismo), ni por una categoría socio-ocupacional (como en los índices que suman profesión, ingresos, nivel de instrucción y construyen estratos), sino por una distribución de múltiples variables. Además de esas variables, se consideran como fundamentales para las clases un conjunto de caracteres auxiliares, que funcionan como exigencias tácitas de algunas ocupaciones, como han estudiado Pedreño (2005), Actis y Esteban (2008) o Trpin (2004) acerca de los atributos necesarios para lograr empleo en

ciertos nichos de actividad, como la hostelería, los cuidados, la construcción o el trabajo rural. De este modo, la clase se define por la *estructura de las relaciones* entre diferentes propiedades (condición económica y social, origen social y étnico, trayectoria, sexo, edad, estatus matrimonial, etcétera). No se trata de sumar todos esos atributos, ni de establecer una cadena de propiedades ordenadas a partir de una de ellas, sino de reconstruir *redes enmarañadas*, estableciendo la *causalidad estructural de una red de factores*: por medio de cada uno de los factores se ejerce la eficacia de todos los demás, ya que “la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación, sino a la *sobredeterminación*” (Bourdieu, 1998: 106). Aplicado al estudio de las migraciones internacionales, enfocarse en las clases sociales permite sobreponerse relativamente a los límites que impone el nacionalismo metodológico, bajo la hipótesis de un *campo de clases sociales transnacional* (Jiménez Zunino, 2010).

En suma, los procesos de formación de clases, en los que se retoman tanto las constricciones objetivas (distribución de distintos tipos de recursos y capitales) como las subjetivas (cierre o apertura de los haces de posibles: lo pensable como posible o imposible, etcétera) parecen indicar caminos adecuados para pensar los procesos de configuración de las clases sociales, en tanto relaciones sociales (no sustancias). Así, en esta lectura de las clases podemos enmarcar el papel que juegan las características asociadas a la condición de los/as migrantes en la distribución de variables pertinentes para definir posiciones en un espacio social. El estatus migratorio y jurídico, la nacionalidad y la etnia, sumado al género, se configuran así en atributos de suma importancia para la distribución de recursos o poderes en las sociedades contemporáneas, que se agregan a los relacionados con la ocupación, los niveles educativos y los grupos de edad, por mencionar los más trabajados (Jiménez Zunino, 2011). Esta mirada compleja de las clases sociales, en las que podemos incorporar a los migrantes, si bien es acreedora de las inserciones en los mercados laborales, no se restringe a ellos. Otras esferas y dinámicas de la vida social emergen como relevantes para definir las “valorizaciones sociales” de las propiedades de los sujetos y ubicarlos así en un espacio relacional de posiciones.